

Cultura y ciudad: una aproximación teórica y empírica -1-

Por Juliana Marcús

Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Licenciada en Sociología (UBA). Docente regular en la Carrera de Sociología (UBA) Becaria Postdoctoral CONICET en el Instituto Gino Germani

Abordajes teóricos sobre «la ciudad»

*La mirada recorre las calles
como páginas escritas.*

Italo Calvino «Las ciudades invisibles»

La ciudad ha sido objeto de estudio científico desde la Revolución Industrial, cuando comienza su gran expansión, caos y desorden, hasta nuestros días. Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, en la sociología y la filosofía aparece la noción de *metrópoli* como símbolo de la modernidad. Georg Simmel, uno de los grandes pensadores urbanos, señala en su texto *La metrópolis y la vida mental* (2005 [1903]) que esta noción describe un nuevo tipo de ciudad de rápido crecimiento económico, demográfico y territorial: la ciudad típica de la sociedad capitalista moderna, donde la vida urbana se transforma y la alienación, la fragmentación y el individualismo comienzan a tomar protagonismo. Simmel piensa la gran ciudad como sede de la división social del trabajo y del tráfico financiero y mercantil. Comienza a delinearse una ciudad moderna basada en la «racionalización mercantilista de las relaciones sociales que modifican la cualidad de la ciudad tradicional en un universo cuantificado y abstracto» (Gorelik, 1998: 21). El individuo en esta nueva ciudad de ritmo vertiginoso se ajusta a las exigencias de la vida social urbana a tal punto que llega a ser moldeado por ella. Simmel se centra en la ciudad de Berlín como escenario moderno y analiza el encuentro violento entre «el mundo interno del individuo y el mundo externo de la sociedad y las ciudades» (2005: 1).

La noción de alienación cultural asociada a la tragedia de la modernidad fue decisiva en Benjamin (1999 [1980]). Su descripción de los lujosos pasajes comerciales del centro de la ciudad de París de la primera mitad del siglo XIX con una arquitectura transparente y despojada, de techos de vidrio y paredes de mármol, dedicados al consumo y al placer, es el reflejo de la gran urbe industrial donde impera el fetichismo de la mercancía que embriaga a las multitudes -2-. En los pasajes, una nueva invención del lujo industrial, se comercializaba toda clase de mercancías. El ensayista alemán pretende comprender a través de la alegoría de los pasajes los mecanismos estructurantes de la modernidad. «Los pasajes son el mundo en pequeño, donde el pasado, el presente y el futuro se reúnen en una imagen fugaz» (Buchenhorst, 2007: 134). Benjamin se dedica a interpretar la ciudad de París y toma de Baudelaire la figura del *flâneur*, el paseante que vagabundea por la ciudad y se detiene para describirla en cuanto (re)productora de signos. Para Benjamin, «las grandes ciudades *aparecen* como vastas redes de calles sin historia» (Vedda, 2007: 92).

En las primeras décadas del siglo XX se configura un nuevo pensamiento sobre la ciudad moderna, ya no desde una experiencia trágica de la modernidad sino, por el contrario, desde una visión optimista donde la ciudad es pensada como motor de la modernización social, en estrecha vinculación con el desarrollo industrial, y como sitio en el que anidan la racionalidad, la urbanización y la industrialización

(Weber 1999 [1922]). Según Wirth (2005 [1938]), principal exponente del urbanismo de la Escuela de Chicago, la vida urbana moderna—esto es, el crecimiento de las ciudades, el desarrollo tecnológico de los transportes y la comunicación, los ritmos cotidianos acelerados y sus efectos sobre las relaciones sociales— se vuelve un «modo de vida».

En el pensamiento latinoamericano sobre la ciudad y su proceso de modernización se destaca Martínez Estrada (1976 [1933]) con sus observaciones simmelianas sobre la aceleración de las ciudades. Su lectura de la urbe porteña se asocia a los vértigos y las velocidades urbanas, siendo su «neurosis» una condición inherente. Otro autor fundamental es José Luis Romero y su libro *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1986 [1976]), donde considera el proceso de modernización urbana como el piso para la transformación progresista, revalorizando la ciudad en términos culturales. Romero toma de Martínez Estrada su idea de ciudad como frontera cultural, aunque se distancia de su denuncia contra la megalopolización (Gorelik, 2004).

Hacia 1960 aparecen enfoques antropológicos, históricos y semiológicos que comienzan a estudiar la ciudad en términos de lenguaje, de discurso; surge la idea de ciudad como texto, teniendo en cuenta la lectura de las prácticas y los modos en que ella se experimenta y representa socialmente (Gorelik, 2002). En la década del '90 Roland Barthes, en *La aventura semiológica*, retoma estos planteos para pensar la ciudad como un discurso. «Este discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes, nosotros hablamos a nuestra ciudad, sólo con habitarla, recorrerla, mirarla» (1990: 260-261).

Desde esta perspectiva la ciudad se presenta como expresión e inscripción de la cultura. La construcción histórica y social de la ciudad deja huellas que transmiten diversos sentidos y significados y que se expresan en la trama urbana: en su arquitectura, en sus calles, en sus ritmos. Estas huellas son el resultado de las luchas por la construcción del sentido. Esto es, la ciudad se va construyendo como resultado de pujas y disputas que incluyen decisiones políticas, estéticas y urbanísticas. En definitiva, en la ciudad se pueden reconocer las tendencias sociales dominantes en cada momento histórico. Pensamos en una ciudad dinámica, en movimiento, capaz de transformarse material y simbólicamente, una ciudad que «aparece como una densa red simbólica en permanente construcción y expansión» (Silva, 1994; citado en Margulis, 2002: 522).

La ciudad en tanto texto invita a múltiples lecturas. Como apunta Miguel Vedda (2007: 87), Krakauer pensó la ciudad «como jeroglífico a través del cual es posible descifrar el pasado y el presente de una sociedad»; en tal sentido las fachadas aparecen «como textos cuya lectura permite que los propios edificios narren la historia en ellos sedimentados». Según Margulis (2002: 520), «los significantes urbanos son percibidos, usados y apreciados de modos diferentes por los variados grupos que en ella habitan: cada grupo les otorga significaciones no coincidentes y a veces muy distintas que varían en función de sus códigos culturales de clase, de etnia o de generación» Las ciudades facilitan la emergencia de nuevas formas de interacción, diálogo o conflicto. La relación entre identidad y ciudad, entre la definición de un *nosotros* frente a un *ellos*, se inscribe en el territorio. -3-

Margulis retoma a Benjamin para pensar la ciudad como la cristalización de fetiches que emanan del sistema mercantil. Los mecanismos ideológicos operan sobre la significación otorgada a los objetos, significación que emerge como resultado de las luchas por la construcción social del sentido. En los usos, percepciones y consumos se refuerza y apuntala el sentido impuesto por el sistema social. Benjamin interpreta y descifra «las señales impuestas por un sistema social en el que impera el fetichismo de la mercancía, imponiendo su influencia alucinatoria a la ciudad y sus contenidos (calles, casas, objetos)» (Margulis, 2002: 523). Para Benjamin, «las modernas metrópolis, en cuanto escenarios del fetiche, intentan sepultar su propio pasado (...)» (Vedda, 2007: 90).

La ciudad moldea a sus habitantes en sus prácticas, recorridos, ritmos, percepciones, usos y apropiaciones, pero también los habitantes hacen y construyen la ciudad imprimiendo ritmos, cadencias, usos particulares del espacio público, acciones, itinerarios y transformaciones sobre la ciudad construida, estructurada, planificada. Tanto para De Certeau (2008) como para Foucault (2000) hay un conflicto permanente entre el poder y la resistencia al poder. Hay una fuerza hegemónica que disciplina los cuerpos y otra que se le contrapone. Ahora bien, mientras para Foucault el espacio urbano es expresión de la disciplina y el ejercicio del poder, para De Certeau existe la posibilidad de que ese poder, ese lugar de las *estrategias*, sea alterado a través de las prácticas cotidianas de los practicantes ordinarios de la ciudad, desplegando *tácticas* en el terreno que se les impone. En los *desvíos* y *resistencias*, en el *arte de hacer*, el habitante de la ciudad traza sus recorridos imprimiendo nuevos sentidos. Mediante *astucias furtivas* los ciudadanos tienen la capacidad de abrir un espacio original y de creación. El objetivo no es explicar cómo la violencia del orden transmuta en una tecnología disciplinaria, sino más bien iluminar las formas clandestinas adoptadas por la creatividad dispersa, táctica y transitoria de los grupos o individuos ya capturados en las redes disciplinarias. (De Certeau; citado en Harvey, 1998: 239)

Las ciudades no son sólo las calles, los edificios, la arquitectura; son también, y sobre todo, el caudal de símbolos con que sus habitantes procesan el espacio y que le otorgan identidad, memoria y significación. En tal sentido, «la ciudad adquiere identidad por la depositación de sentidos, de usos y formas culturales que son creación histórica de sus habitantes» (Margulis, 2002: 522).

¿Por qué la ciudad es como es? ¿De qué modo se relaciona con la cultura, la sociedad, los proyectos urbanísticos que la idearon y las decisiones políticas que llevaron a cabo su construcción? ¿Cómo inciden las políticas públicas urbanas en la organización del territorio? Sobre las calles, avenidas, plazas, barrios, monumentos, instituciones, aparecen grabadas ideas en pugna sobre cómo debe ser la esfera pública ciudadana. Estos «artefactos urbanos» son la materialización de modelos de ciudad y sociedad (Gorelik, 1998). Según Harvey, «es posible considerar la forma espacial de una ciudad como un determinante básico de la conducta humana. Este determinismo ambiental y espacial es una hipótesis de trabajo de aquellos planificadores urbanos que tratan de promover un nuevo orden social a través de la manipulación del ambiente espacial de la ciudad» (1979: 39).

A continuación se describen, en primer lugar, algunas características del proceso de modernización de Buenos Aires como un caso a partir del cual es posible entender de qué manera los proyectos políticos y urbanísticos incidieron en el proceso de configuración del espacio urbano «europeizado». En segundo lugar, se toma en cuenta el 17 de octubre de 1945 y la irrupción de un nuevo actor en el centro de la ciudad: los migrantes internos. El «nuevo otro», con rasgos propios del mestizaje latinoamericano y hasta ahora ignorado por la clase media, viene a romper el imaginario de una Ciudad de Buenos Aires europeizada, considerada «ciudad blanca».

Como apunta Gorelik, las decisiones intelectuales de buena parte del siglo XIX «ponen a la ciudad y su espacio público en el centro del debate cultural sobre la definición de la nación: (...) cambiar la sociedad y cambiar la ciudad son las dos caras de un mismo proyecto» (1998: 28).

Buenos Aires pretendida «ciudad blanca»: del proceso de modernización al 17 de octubre de 1945

La representación de Buenos Aires como la ciudad más europea de Latinoamérica se configura entre el Centenario y 1930, aunque recién en la década del '50 se extiende como representación e identificación del sentido común. ¿Cuál es el significado de las representaciones en torno al carácter europeo de Buenos Aires? Adrián Gorelik (2004) propone iluminar los aspectos de la cultura urbana

que las produjeron tomando en cuenta las diferentes etapas del proceso de modernización durante el siglo XIX.

La primera etapa comienza en la segunda mitad de 1850, una vez que Sarmiento se instala en Buenos Aires y descubre el contraste entre una sociedad moderna y homogénea y una estructura urbana colonial y tradicional que «contiene a la sociedad y no la deja respirar» (Gorelik, 2004: 76). Su propuesta es entonces crear un nuevo centro, una ciudad nueva afuera de la Buenos Aires tradicional, lejos de la ciudad existente.

La segunda representación, hacia 1880, muestra a una elite porteña que desprecia los modelos norteamericanos y persigue como único modelo el establecido por las ciudades europeas. En este sentido, su modernización fue pensada en términos haussmannianos ~~-4-~~ por sobre la herencia colonial. Las avenidas del intendente Alvear con sus edificios de altura, los boulevards para facilitar la rápida circulación de personas y mercancías y la creación de parques plantean un nuevo escenario que rompe con la ciudad tradicional. Martínez Estrada señala en *Radiografía de la Pampa* que «para el porteño mirar al interior es mirar hacia fuera, al exterior. Interior es para él Europa» (1976: 150). Gorelik (1998) destaca la voluntad municipal de producir una política urbana. Aunque la ideología predominante de la elite porteña es caracterizada como liberal, la Municipalidad no actuaba siempre liberando al mercado (inmobiliario o del transporte) la producción del espacio urbano. Más bien, oscilaba entre el *laissez-faire* y la idea de una ciudad orgánica, planificada y ordenada (Gorelik y Silvestri, 1992). Aquella voluntad municipal otorgó a Buenos Aires instrumentos de regulación pública de la forma urbana, dispositivos homogeneizadores para una sociedad dinámica, diversa y desigual. El cambio fundamental que permite pensar a Buenos Aires como una *metrópolis -5-* es «la expansión territorial de 1887 por la transformación y complejización que produce el mercado –urbano, político y cultural– introduciendo la masividad de los nuevos sectores populares a la ciudad y a la ciudadanía» (Gorelik, 1998: 21).

La tercera representación de Buenos Aires aparece con los viajeros europeos del Centenario en 1910, quienes al llegar a la metrópolis la percibieron como una gran ciudad europea en cuanto a sus habitantes, construcciones y cultura. El centro destilaba prosperidad, bullicio y modernidad.

Los sorprendió la ausencia de rasgos indígenas en la población de Buenos Aires, a la manera latinoamericana, y rasgos monumentales en la modernidad urbana, a la manera norteamericana. Buenos Aires parece una ciudad europea en la medida en que ha logrado eludir estos dos rasgos exóticos a la mirada europea. (Gorelik, 2004: 85) ~~-6-~~

Para los visitantes recién llegados, el habitante de Buenos Aires contrastaba notablemente con el negro y mulato observado en Brasil o con los rasgos indígenas asociados comúnmente con el resto de América del Sur. «En el área céntrica, la única señal de diferencias raciales era un ocasional ordenanza mulato o sirviente mestizo, en una ciudad que sólo 100 años antes tenía el 25% de negros y el 60% de mestizos» (Scobie, 1977: 55).

Entre fines de la década del '30 y fines de los '40, la representación de «Buenos Aires europea», con su forma urbana y social moderna, se consolida alcanzando su esplendor hacia 1950. Se ha completado la infraestructura urbana en casi toda la superficie de la ciudad y aquella sociedad heterogénea ha tomado una nueva forma, produciéndose «la mezcla con las sangres europeas resultando de ella una sociedad de rasgos y fisonomía indiscutiblemente europeas» (Gorelik, 2004: 91). La homogeneidad del espacio público comprendida por la cuadrícula que conforman las calles porteñas, la vitalidad del centro tradicional y los desplazamientos hacia otros focos urbanos se corresponden con la homogeneidad social que se extiende hacia la clase media. Históricamente Buenos Aires se ha configurado persi-

guiendo la idea de ciudad-progreso lo que opera no sólo en su construcción urbanística, sino, fundamentalmente, sobre su estructura social y cultural (Lacarrière, 2005).

Afianzado aquel imaginario que sostenía el carácter europeo de Buenos Aires se suceden oleadas migratorias hacia el Gran Buenos Aires, sobre todo entre 1930 y 1976, conformadas ya no por migrantes de ultramar, sino por migrantes internos y de países limítrofes, fenómeno que convive con aquella representación y la contradice. A comienzos del siglo XX la mitad de la población de Buenos Aires era extranjera. Pero en 1960 los migrantes internos alcanzaban el 90% de la población trabajadora masculina y el 58% de la femenina (Recchini de Lattes, 2000; citado en Gorelik, 2004: 92), y sin embargo esta presencia numerosa no logró modificar el imaginario social y cultural que implicaba la consideración de Buenos Aires como «ciudad blanca». Esto fue posible porque «desde finales de los años '30 la ciudad Capital (...) opera un repliegue cultural e institucional sobre sí misma que le permite desconocer todo lo nuevo que se estaba produciendo más allá de su borde formal, en los nuevos suburbios metropolitanos» (Gorelik, 2004: 93). La ciudad tradicional o «sociedad normalizada», como la llamó José Luis Romero (1986), no comprende la magnitud del fenómeno social y urbano que comienza a emerger en los márgenes de la ciudad.

Las masas ignoradas irrumpieron en 1945 en la Capital Federal en los comienzos del peronismo -7- y sus integrantes fueron descalificados con el mote de «cabecita negra». En los años '50 comenzaron a ser percibidas como una amenaza a los valores culturales de la clase media porteña. Sin ingresos fijos ni suficientes, alojados en viviendas precarias, constituyeron un mundo dos veces marginal: porque habitaban en los bordes urbanos y porque no participaban en la sociedad normalizada ni en sus formas de vida.

Se veía que la ciudad se inundaba, y el número de los recién llegados, de los ajenos a la ciudad, siguió creciendo a una velocidad mayor que la que desarrollaron para alcanzar los primeros grados de integración. Los inmigrantes internos traían vivo el recuerdo de su lugar de origen. (Romero, 1986: 323)

Resulta interesante destacar el rechazo hacia los migrantes de los suburbios que llegan a la ciudad manifestado por algunos intelectuales de nuestro país como expresión de los ideales hegemónicos de la época. El prejuicio quedó plasmado en obras literarias como «Ragnarök» (1960) de Jorge Luis Borges y «Casa tomada» (1951) de Julio Cortázar. En ambas ficciones hay un sentido subyacente que los autores no dejan de reconocer: la llegada de los migrantes como una «invasión a la ciudad». En «Ragnarök» Borges se centra en los líderes y caudillos peronistas que representan a las masas, ese «aluvión zoológico» llegado del interior. Así, bestializa al «diferente», mitad humano, mitad animal.

¡Ahí vienen!, ¡Los Dioses! ¡Los Dioses! Cuatro a cinco sujetos salieron de la turba y ocuparon la tarima del Aula Magna. Todos aplaudimos, llorando (...) Uno sostenía una rama; otro, en amplio ademán, extendía una mano que era una garra (...) Frentes muy bajas, dentaduras amarillas, bigotes ralos de mulato o de chino y belfos bestiales publicaban la degeneración de la stirpe olímpica. (Borges, 1960)

La casa tomada en Cortázar representa a la Argentina tradicional que debe ir retrocediendo bajo la avanzada del peronismo y la participación en la vida política de sectores, hasta entonces, marginados de esa actividad.

Tuve que cerrar la puerta del pasillo, han tomado la parte del fondo (...). Desde la puerta del dormitorio oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño (...). Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán (...)
—Han tomado esta parte —dijo Irene. (Cortázar, 1951)

Es posible pensar la avenida General Paz como la frontera material y simbólica que divide el Gran Buenos Aires de la ciudad capital. «Buenos Aires capital siempre ha percibido como ajeno todo aquello que queda fuera de sus límites de ‘ciudad europea’ y, por lo tanto, identifica como ‘invasión’ la aparición de algunos de esos rasgos de otredad (la pobreza, la informalidad, la marginalidad) (...) El Gran Buenos Aires fue siempre el afuera más inmediato y amenazador» (Gorelik, 2004: 254).

Reflexiones finales

Históricamente las políticas públicas urbanas han configurado una ciudad en la que se refuerzan los mecanismos de discriminación hacia los sectores populares, restringiendo el acceso y el uso igualitario del espacio urbano. Este proceso se distingue especialmente durante la última dictadura militar, a lo largo de la cual se erradicaron drásticamente y compulsivamente buena parte de las villas miseria de la Capital Federal. El análisis realizado por Oszlak (1991) referido a la relación entre políticas habitacionales estatales, asociadas a un proceso de reestructuración urbana, y la redistribución de la población en el espacio urbano a partir de 1976, confirma la persistencia de un fuerte proceso de segregación urbana, que expulsa y desplaza a los habitantes de sectores populares. La estrategia de la dictadura militar tendió «a frenar progresivamente el crecimiento demográfico de la región urbana de Buenos Aires y el proceso de concentración dentro de su perímetro y orientar los movimientos migratorios hacia regiones del interior del país (...)» (Oszlak, 1991: 73).

En definitiva, como apunta Rodríguez (2005: 99), el objetivo de las políticas urbanas durante décadas «ha sido transferir la pobreza a municipios periféricos, reservando el derecho a la ciudad para sectores sociales de mayores recursos».

Bibliografía

- BARTHES, ROLAND (1990). *La aventura semiológica*, Paidós, Barcelona.
- BENJAMIN, WALTER (1989). «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica», en *Discursos interrumpidos I. Filosofía del arte y de la historia*, Taurus, Madrid.
- _____ (1999). *Poesía y capitalismo*, Taurus, España.
- _____ (2005) [1982]. *Libro de los pasajes*, Ediciones Akal, Madrid.
- BOLLE, WILLI (2007). «Metrópolis y megaciudad: sobre el ordenamiento del saber en los *Pasajes* de Walter Benjamin», en Ralph Buchenhorst y Miguel Vedda, *Observaciones urbanas: Walter Benjamin y las nuevas ciudades*, Editorial Gorla, Buenos Aires. Pp. 17-52.
- BORGES, JORGE LUIS (1996) [1960]. «Ragnarök», en *El Hacedor*, en *Obras Completas*, tomo II, Emecé, Buenos Aires. Pp. 183-184.
- BUCHENHORST, RALPH (2007). «El ensueño del mapa integral: Benjamin y la ciudad híbrida», en Ralph Buchenhorst y Miguel Vedda, *Observaciones urbanas: Walter Benjamin y las nuevas ciudades*, Editorial Gorla, Buenos Aires. Pp. 131-144.
- CALVINO, ÍTALO (1990). *Las ciudades invisibles*, Ediciones Siruela, España.
- CORTÁZAR, JULIO (1951). «Casa tomada», en *Bestiario*, Sudamericana, Buenos Aires. Pp. 9-18.
- DE CERTEAU, MICHEL (2008). «Andar en la ciudad», en *Bifurcaciones*, No. 7 [en línea],

<www.bifurcaciones.cl/007/reserva.htm>.

-FOUCAULT, MICHEL (2000) [1976]. «Los cuerpos dóciles», en *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, México. Pp. 139-174.

-GIMÉNEZ, GILBERTO (1996). «Territorio y cultura», en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Año II, No. 4, diciembre, Colima, Universidad de Colima. Pp. 9-30.

-GORELIK, ADRIÁN (1998). *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

_____ (2002). «Ciudad», en Altamirano C., *Términos críticos de sociología de la cultura*, Paidós, Buenos Aires.

_____ (2004). *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

-GORELIK, ADRIÁN y GRACIELA SILVESTRI (1992). «Imágenes al sur. Sobre algunas hipótesis de James Scobie para el desarrollo de Buenos Aires», en *Anales del Instituto de Arte Americano*, 27/28: p. 93-104. Buenos Aires: FADU-UBA

-HARVEY, DAVID (1979) [1973]. *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, Siglo XXI.

_____ (1998): *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu, Buenos Aires.

-LACARRIEU, MÓNICA (2005). «Nuevas políticas de lugares: recorridos y fronteras entre la utopía y la crisis», en Max Welch (ed.), *Buenos Aires a la deriva. Transformaciones urbanas recientes*, Biblos, Buenos Aires. Pp. 363-395.

-MARCÚS, JULIANA (2009). *Vivir en hoteles-pensión de la Ciudad de Buenos Aires. El proceso de construcción de identidad en mujeres migrantes que residen en habitaciones de hotel*, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

-MARGULIS, MARIO (2002). «La ciudad y sus signos», en *Revista Estudios Sociológicos*, No. 60, México DF, El Colegio de México. Pp. 515-536.

-MARGULIS, MARIO y CARLOS BELVEDERE (1999). «La racialización de las relaciones de clase en Buenos Aires. Genealogía de la discriminación», en M. Margulis, M. Urresti *et al.*, *La segregación negada*, Biblos, Buenos Aires. Pp. 79-122.

-MARGULIS, MARIO y MARCELO URRESTI (1997). «Buenos Aires y los Jóvenes: las Tribus Urbanas», en *Revista Estudios Sociológicos* N° 46 publicación de El Colegio de México, Pp. 25 a 36

-MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL (1976). *Radiografía de la Pampa*, Losada, Buenos Aires.

-OSZLAK, OSCAR (1991). *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*, Humanitas-CEDES, Buenos Aires.

-RODRÍGUEZ, M. CARLA (2005). *Como en la estrategia del caracol. Ocupaciones de edificios y políticas locales del hábitat en la Ciudad de Buenos Aires*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires.

-ROMERO, JOSÉ LUIS (1986). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI Editores,

Buenos Aires.

-SCOBIE, JAMES (1977). *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*, Ed. Solar/Hachette, Buenos Aires.

-SIMMEL, GEORG (2005) [1903]. «La metrópolis y la vida mental». En *Bifurcaciones* [online]. núm. 4, primavera 2005. World Wide Web document, URL: www.bifurcaciones.cl/004/reserva.htm

-VEDDA, MIGUEL (2007). «Calles sin recuerdo: fenomenología de la gran ciudad en Siegfried Kracauer y Walter Benjamin», en Ralph Buchenhorst y Miguel Vedita, *Observaciones urbanas: Walter Benjamin y las nuevas ciudades*, Editorial Gorla, Buenos Aires. Pp. 83-94.

-WEBER, MAX (1999) [1922]. «La dominación no legítima (Tipología de las ciudades)», en *Economía y Sociedad*, FCE, México

-WIRTH, LOUIS (2005) [1938]. «El urbanismo como modo de vida». En *Bifurcaciones* [online]. núm. 2, otoño 2005. World Wide Web document, URL: www.bifurcaciones.cl/002/reserva.htm

Notas

-1- Este artículo retoma algunas ideas desarrolladas en el Capítulo II «La jerarquización del espacio urbano y su incidencia en la vida cotidiana de los sectores populares» de mi Tesis de Doctorado defendida y aprobada en octubre de 2009 en la Universidad de Buenos Aires.

-2- «La multitud se presenta como una aglomeración concreta, pero socialmente sigue siendo abstracta. Su modelo son los clientes que, cada uno en su interés privado, se reúnen en el mercado en torno a la cosa común» (Benjamin, 1999: 79).

-3- Siguiendo a Giménez (1996), pensamos al territorio no sólo como dimensión física del espacio sino también como construcción simbólica, como marco de distribución de las instituciones y prácticas culturales, como objeto de representación en la apropiación subjetiva, donde los sujetos interiorizan el espacio integrándolo a su propio sistema cultural, y como símbolo de pertenencia socio-territorial.

-4- En París, el ideal urbanístico de Haussmann eran las vistas en perspectiva a través de largas series de calles y amplias avenidas. Una de las finalidades de los trabajos haussmannianos era asegurar la ciudad de París contra la guerra civil, pues las nuevas y anchas calles harían imposible la edificación de barricadas tales como las que se habían erigido en las estrechas callejuelas durante las rebeliones de 1848 (Benjamin, 1999). Pero también persiguió un interés en modernizar la ciudad apuntando a su embellecimiento. Los boulevards haussmannianos organizaron la ciudad como medio eficaz para la producción y circulación de mercancías (Gorelik, 1998: 21).

-5- La noción de metrópolis es pensada en el sentido otorgado por Simmel, abordado en el primer apartado de este artículo.

-6- Es interesante destacar que el proyecto nacional impulsado por la generación del '37, y continuado por la generación del '80, se basó en ideas positivistas, biologicistas y etnocentristas. Entre 1880 y 1926, mediante las políticas de población, se alienta la inmigración europea para incorporarla a la vida nacional. «(...) El emigrante disponible en Europa, en estas décadas finales del siglo, no respondía a las manifiestas aspiraciones de los pensadores y estadistas que orientaron las políticas de población. No abundaban ya los rubios nórdicos de los países septentrionales, quienes habían emigra-

do antes; ahora no eran muchos los ingleses, alemanes o suecos dispuestos a acudir a este país remoto. Hubo que conformarse con pueblos 'menos apreciados': sobre todo italianos y españoles (el 80%) de los que llegaron de ultramar, más algunos polacos y rusos (entre ellos muchos judíos), sirios, libaneses y turcos. Se prefirió a los europeos blancos, que aunque no alcanzaran el ideal de calidad deseada eran, de todos modos, gente preparada para los valores del capitalismo, dispuesta a la cultura y la disciplina laboral, procesada socialmente para las costumbres del ahorro, el trabajo asalariado y la economía mercantil por varios siglos de 'acumulación originaria' europea» (Margulis y Belvedere, 1999: 97-98). La población autóctona era considerada inferior, su condición de humanidad era retaceada y se la asumía como sucia, ignorante y perezosa por naturaleza. Como argumenta Grimson, «'Argentino', que además quería decir rioplatense o porteño en 1810, era el que había descendido de los barcos, y el otro era el no argentino, el cabecita negra» (Conferencia en el marco del III Encuentro Internacional de Pensamiento Urbano, Buenos Aires, agosto de 2007).

-7- El peronismo de 1945 promovió la integración nacional fomentando las migraciones internas hacia Buenos Aires, cuya consecuencia, en términos de urbanización, fue la presencia cada vez más significativa de las villas miseria surgidas en los años '30. Como señala Lacarrieu (2005: 370), «el modelo peronista (...) dio lugar a la visibilización de la discriminación social y cultural que intentó ocultarse bajo el crisol de razas: los cabecitas, los villeros, el aluvión zoológico, son sólo algunos de los epítetos con que se acusó a esos otros no deseados, ni queridos, dentro del modelo social y cultural cristalizado».